

La función social del terror: a propósito del Informe Valech

José Bengoa

“La verdad es que el precio de la dominación totalitaria fue tan alto que ni en Alemania ni en Rusia ha sido completamente pagado”

Hannah Arendt

Chile, después de una década de terminado formalmente el “autoritarismo oficial” no ha logrado aún comprender cabalmente fenómenos profundos de su sociedad, de su vida social, de su con o in convivencia. El Informe de la Comisión Valech ha dejado estupefacto a una buena parte del país. No se ha reflexionado, sin embargo, en las consecuencias que ello ha tenido para la sociedad en su conjunto y no solo para las víctimas directas: los efectos del autoritarismo y el terror.

En los últimos tres años hemos realizado una investigación cuyo título es “Identidad e identidades, la construcción de la diversidad en Chile”. En esta investigación hemos realizado debates grupales en diferentes partes del país, en Santiago con clases medias, sectores populares, con pescadores, mapuches, en Chiloé, en Arica, en fin por todo Chile.¹ Nos ha asombrado el peso del miedo, del día que tuvimos miedo, de los años que vivimos en el terror, de la sociedad sometida al miedo colectivo. Muchos tuvieron miedo en su momento porque estaban directamente implicados, muchos porque creyeron que estaban, y muchos que no lo estaban también tuvieron miedo, por lo que podría suceder. Muchos, sin embargo, y es lo más importante, sienten hoy vergüenza por haber tenido miedo y no haber levantado la voz y muchos más sienten la vergüenza de haberse quedado callados, haber aceptado e incluso haber aplaudido a quienes sometían la población al terror.

Son estas consideraciones las que nos llevan a analizar las consecuencias del autoritarismo sobre la sociedad, sobre la vida social y sobre la cotidianeidad, esto es, la función social del terror.

El poder y el rencor

Hanna Arendt se vió en la obligación moral e intelectual de reflexionar acerca de los orígenes del autoritarismo en Europa. No podía concebir que lo ocurrido en la

1 Ver página web www.identidades.cl

segunda guerra mundial y en particular la atrocidad nazi fuera una “casualidad de la historia”. La pregunta sigue siendo válida para cualquier tipo de autoritarismo, desarrollado o subdesarrollado, como el que nos ha tocado vivir (sufrir) a los chilenos.

Tengo la foto enmarcada de la Arendt frente a mí en el escritorio, joven, cuando debí conocer a Heidegger y Jaspers. Provenía de una familia judía que se sentía absolutamente alemana. Ella se empina a la alta cultura de su país, que sin duda ha sido una de las más altas del mundo. Su segundo marido y compañero, Heinrich Blucher, va a pertenecer a los grupos espartaquistas, derrotados política y represivamente antes de que Hitler se hiciera del poder. Su influencia es innegable. Ella se ve en un momento acusada de ser judía, asunto que ni siquiera se había planteado en su juventud. Huye primero a París donde participa activamente de los movimientos judíos antinazis y luego, iniciada la guerra, a Estados Unidos. Ve a la distancia como Heidegger se une a las mayorías y se pone públicamente la camisa parda. Su mente está llena de preguntas. Su libertad de pensamiento, la audacia para plantear las cuestiones más complejas sin caer en el estereotipo, la llevan a la incompreensión de muchos y a su actualidad, hoy en que se han caído la mayor parte de las certezas de sus detractores.²

La tesis de Arendt permite, como pocas, comprender lo que ha ocurrido en la historia reciente, en nuestra historia reciente. Se trata de analizar cómo opera el poder en la sociedad. Es quizá lo más complejo. Antes de comenzar a analizar la filósofa alemana nos previene:

“Casi nunca pueden explicarse satisfactoriamente por una sola razón o por una sola causa tendencias generales como el declive de la nación estado”³.

¿Es adecuado este punto de partida? ¿Estamos en nuestro caso, en el caso de la historia reciente de Chile, en presencia de un declive de la nación estado? No es el camino que por lo general se ocupa para entender la crisis que llevó a la Unidad Popular, que construyó su caída y que luego estableció el autoritarismo en nuestra Patria como intento de mantener “la nación estado” por un tiempo suplementario, esto es, después que sus bases ya habían sido carcomidas. Porque de lo que se trataría es analizar la evolución de la idea de nación en Chile.⁴

2 Su libro *Eichmann en Jerusalem*, es sin duda profético acerca del futuro que tomaría el Estado Israelí. Fue acusada de “mala judía”. Hoy su lectura resulta indispensable.

3 Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1974, pág. 48. El libro fue publicado en Nueva York en 1951.

4 Las encuestas no suelen ser buenos instrumentos para captar este tipo de apreciación fina y cualitativa, como es el nivel de erosión de la idea de ciudadanía y de la adscripción a la nación. Sin embargo la encuesta realizada por el PNUD muestra un claro proceso de erosión de la idea de nacionalidad. Al consultarse acerca de cuál de las distintas emociones representa lo que Ud siente frente a Chile, si bien hay un 16.5 % de nacionalistas, podría decirse que sienten «orgullo» como sentimiento principal espontáneo, hay un 28.3% que sienten «desilusión» y un 28.8% cuya aproximación subjetiva más importante es la «confusión». Son más las personas que consideran que el sentimiento de chilenidad se ha deteriorado en el último tiempo (pregunta 77) y un tercio de los chilenos respondió que los cambios que ocurren en Chile «son cambios sin brújula y no tienen un destino claro» (solo un 13.7 por ciento respondió que el país tenía un sentido y el cincuenta por ciento que seguiría igual, sin cambios). Es cierto que una encuesta puede mostrar una foto, pero la que muestra esta encuesta del PNUD es enormemente pesimista respecto a la relación que existe entre los individuos y la sociedad en que viven, no hay casi

Lo que ocurrió en la década del sesenta fue justamente una crisis de la noción de nación/estado que existía en la sociedad chilena. Ese tipo de crisis es siempre una crisis social, una crisis de poder. El poder oligárquico había sido minado entre los años treinta y sesenta, pero no destruido. La aristocracia controlaba la propiedad de la tierra y la servidumbre sobre los campesinos, dos aspectos que la mantuvieron al margen de la derrota. Más aún, entre 1958 y 1964, la derecha gobernó el país del brazo de su ala más liberal y acompañada en la práctica del Partido Radical, de su ala más conservadora que le dio estabilidad. Pero hasta llegar al Gobierno de Eduardo Frei Montalba la clase social de la derecha no había sido liquidada, ni siquiera podríamos afirmar con la distancia de los hechos, amenazada de muerte.

“En la mayoría de estos casos el historiador se enfrenta con una muy compleja situación histórica en la que es casi libre -y se siente perplejo- de aislar un factor cualquiera y considerarlo “el espíritu de la época” (ibídem).

¿Cuál era ese espíritu de la época al mediar los años sesenta en Chile y en el mundo? No cabe ninguna duda que era un “espíritu revolucionario”, una voluntad de “cambiarlo todo” y en particular terminar con el poder de la aristocracia y los poderes oligárquicos tradicionales. Se levantaban mil tesis y todas consonantes, a la distancia, en torno a la necesidad de transformar la nación estado o el estado nacional como se señalaba en la época. Se suponía (y quería) que el estado debía representar a otros sectores hasta ese instante “marginalizados” del poder de la nación. Un viento de democratización recorrió el territorio.

Aquí comienza una reflexión, que de la mano de Hannah Arendt se vuelve atractiva. Ella está preocupada por la ira, por el violento odio que en algún momento de la historia las masas populares pueden llegar a tener contra quienes los dominaron. Es un asunto central. Es el momento en que se quiebra la legitimidad del poder social. Porque como es evidente, para que exista poder social (y por cierto poder político) debe haber una suerte de complicidad entre dominantes y dominados. Cuando el sistema de legitimidad se quiebra es que hay una fractura en el poder y es el momento por lo general de las revoluciones, de los cambios profundos y también de las reacciones autoritarias, de las masacres y todo aquello que nos muestra la historia. Los revolucionarios lo han sabido muy bien y distinguieron entre las condiciones objetivas y subjetivas. Las objetivas eran aquellas que se relacionaban con la explotación. Pero tempranamente en el siglo XIX se dieron cuenta de que el solo hecho de ser explotado no era una razón suficiente para rebelarse frente a la opresión. Más aún, la mayor parte de las veces la opresión conllevaba una mayor sumisión. Se trataba por tanto de un asunto diferente, un proceso mental complejo que se producía en las personas sometidas a la dominación objetiva. En esa extraña circunstancia se rompía la magia de la dominación. Las personas explotadas venían a considerar inaceptable la explotación (a la cual

ningún grado de confianza. Como es sabido el 53.6% de los chilenos dijo que el sentimiento que más lo representa en la actualidad frente al sistema económico chileno es la «inseguridad», y si se agrega el 10% que señala que su sentimiento es el «enojo» y el otro que señala que es «pérdida» existe un 75% de los entrevistados mayores de 18 años que tienen una postura fuertemente negativa frente al modelo y sistema económico actual. Ver estudio del PNUD ya citado del 2002 donde se analizan estos datos. Estos datos son coincidentes con los estudios cualitativos que estamos realizando en el proyecto Fondecyt 1020266, *Identidad e identidades en Chile*.

muchas veces ya estaban habituados) y consideraban natural (igualmente que la dominación) la rebelión. La ira de las masas surge en determinados y circunscritos momentos.

Arendt siguiendo a Tocqueville levanta la siguiente tesis:

“El pueblo francés odiaba a los aristócratas a punto de perder su poder más de lo que les odiaba antes, precisamente porque su rápida pérdida del auténtico poder no se había visto acompañada de ningún considerable declive de sus fortunas. Mientras la aristocracia mantuvo vastos poderes de jurisdicción, fue no solo tolerada sino respetada. Cuando los nobles perdieron sus privilegios, entre ellos el privilegio de explotar y de oprimir, el pueblo les consideró parásitos, sin ninguna función real en el dominio del país. En otras palabras ni la opresión ni la explotación como tales han sido nunca la causa principal del resentimiento; la riqueza sin función visible es más intolerable, porque nadie puede comprender por qué debía tolerarse” (ibídem).

La dureza, claridad y ausencia de sensibilismos de esta página es magnífica. No hay duda que la explotación no es causa de resentimiento, ni menos de movilización en función de obtener los derechos. El poder social para que funcione tiene que tener ambos elementos: la riqueza, esto es, el poder económico, y el poder político, el poder jurisdiccional. Pero no se trata (como lo creería un mal lector de Marx) que es la “burguesía” o las clases dominantes quienes se apropian tanto del poder económico como del poder político, por un instinto de voracidad, de totalitarismo. Lo que ocurre en la vida y en la historia es que no es posible separar el uno del otro. Más aun, en la medida que se separan se debilitan y abren paso a la erosión del poder, a la erosión del Estado Nación, en fin abren paso al resentimiento y la ira. En definitiva no es solamente una necesidad de quien tiene el poder sino es también una exigencia de quienes lo soportan, de los propios dominados.

“Lo que hace que los hombres (y mujeres por cierto) obedezcan o toleren, por una parte, el auténtico poder, es el instinto racional de que el poder tiene una cierta función y es de uso general. Incluso la explotación y la opresión hacen trabajar a la sociedad y logran el establecimiento de un cierto tipo de orden. Únicamente la riqueza sin el poder, o el aislamiento sin una política se consideran parasitarios, inútiles, sublevantes, porque tales condiciones cortan todos los hilos que mantienen unidos a los hombres”

y agrega:

“La riqueza que no explota carece incluso de la relación existente entre el explotador y el explotado; el aislamiento sin política ni siquiera implica una mínima preocupación del opresor por los oprimidos”

Duras pero ciertas. ¿Cómo explicar la riqueza y ostentación del vaticano de los Borgia?, se han preguntado numerosos agnósticos al entrar caminando a la Plaza de San Pedro. La respuesta no es simple, pero habría que decir que el poder ostentoso que encamina al cielo, tiene justificación, se explica por sí solo. No existe parangón entre el cielo, el paraíso y la belleza magnífica de las columnas del Bernini. Si esa riqueza exagerada no condujera a la salvación, nadie la habría aceptado y ya habrían venido “los bárbaros” a destruirla.

Es el poder judicial⁵. Quien conduce para beneficio de su población, se le permite todo. Está más allá de los temas morales, de la corrupción incluso (¿quién más corrupto en la historia que los Borgia?). Y las personas, los individuos observan un lazo de unión entre el poder y la obediencia.⁶

En Chile se había resblandecido la nación, la idea de Nación construida en el siglo diecinueve por la oligarquía, porque ésta ya no era funcional a los intereses nacionales. Se había erosionado su “poder judicial”.

Lo que vino después fue una restauración. Mirado con ojos de “larga duración” el golpe del once de septiembre, vino a restaurar lo quebrado, a imponer el antiguo orden, a hacer lo posible para restituir el sistema de dominación anterior, por cierto en las condiciones de fines del siglo veinte. La idea de refundación pasa por la existencia de una revolución, de un cambio en las elites y clases dominantes, de un recambio societal. Eso no existió en Chile.

La sociedad chilena de inicios del siglo veintiuno es más parecida a la sociedad de fines del siglo diecinueve que a la sociedad del siglo veinte marcada por la obsesión de la democracia y la igualdad.⁷ Pero a diferencia de la de hace un siglo existe la conciencia de desigualdad y por tanto surge un estado de exasperación producto de la inseguridad generalizada frente a la crisis de los sistemas colectivos.

5 El concepto de judicial proviene de una idea territorial, es el espacio sobre el que poder político ejerce su “jurisdicción”, su capacidad de “hacer justicia”, de estar por encima de los intereses privados de los particulares. Es en definitiva, el espacio de lo público que se impone jurisdiccionalmente a las rencillas, intereses, redes y normas privadas. Es un concepto que se acerca en buena medida al de “hegemonía” en Gramsci. El Estado no ejerce su jurisdicción cuando existen espacios territoriales donde o no ingresa (algunas poblaciones de Santiago) o donde no llega con sus medidas, o donde sus leyes no se aplican, o en fin, donde mandan más los caciques locales que las leyes de la república. Se pierde también, la jurisdicción del Estado cuando el beneficio del esfuerzo económico no es distribuido. Se lo pierde también cuando los intereses de grupo, empresariales por ejemplo, dominan de tal suerte el interés general, que vulneran la capacidad autónoma y por tanto judicial del Estado.

6 Es quizá lo que explica los permanentes retornos de políticos que han caído del poder por procesos de corrupción o autoritarismo. Carlos Ibañez del Campo, es llevado en andas a la Moneda, con una escoba de símbolo, dos décadas después de haber sido derrocado y su gobierno bien conocido como la Dictadura de Ibañez. Lo que ocurre hoy día en países vecinos con gobernantes acusados de corrupción y que nuevamente son llamados a gobernar, no debiera sorprender a quienes observan la política. Pareciera que ésta actividad humana, se rige por principios más complejos que los que suelen surgir de las ciencias sociales. A ningún mandatario se le exige ni doctorado, ni santidad.

7 Las características centrales de la sociedad no son demasiado diferentes a las que ocurrían a fines del siglo diecinueve: economía basada en las exportaciones primarias, librecambismo y liberalismo económico, democracia restringida con fuerte control de la clase política, fuertes condiciones de desigualdad en la sociedad. El país descrito por los autores de la «cuestión social», no pareciera demasiado diferente en sus bases estructurales al que vemos hoy día. La sociedad del siglo veinte surge de la crítica y desplome parcial (al nivel político solamente) de esta sociedad finisecular basada en el ciclo exportador del salitre y en una inserción precaria y débil en el sistema mundial de la época. Como muchos historiadores han dicho, el siglo veinte en Chile comienza tarde, esto es, con las consecuencias que para la economía tuvo la primera guerra mundial europea.

De clases a masas (gente)

La condición necesaria de la restauración fue la liquidación de la sociedad clasista que había sido la estructurante de la democracia chilena del siglo veinte. Gonzalo Vial en su *Historia de Chile* se pregunta el porqué la oligarquía no fue capaz de comprender, o siquiera ver, que se le venían encima dos clases sociales contundentes: la clase media y la clase obrera. Esas clases se forman en las primeras décadas del siglo y adquieren personalidad propia (identidad) en el llamado período democrático, o mesocrático de nuestra república. Los partidos políticos son representativos de esas clases sociales y de sus evoluciones. De la clase media el Partido Radical y de su evolución posterior la Democracia Cristiana formada con fragmentos de la antigua oligarquía católica erosionada y de los populismos ibañistas, los agrario laboristas que se le agregan en los años sesenta. La clase obrera era representada plenamente por el Partido Comunista hasta que las migraciones y la industrialización la diversifican y se hace posible la existencia del Partido Socialista. Son dos expresiones, se decía, de una clase obrera que tenía también dos o más caras. Los latifundistas y sus seguidores se expresaron en el Partido Conservador Unido, de carácter católico confesional y los comerciantes, banqueros y abogados de prestigio hacían del Partido Liberal la expresión del librecambismo y el centro de operaciones de sus actividades políticas. Cuando esa diferenciación se hizo insostenible, por la amenaza que pendía sobre unos y otros, se unieron en el Partido Nacional, antecedente de los actuales partidos de la derecha.

Ese Chile clasista necesitó ser demolido en los ochenta. Fue la obra social refundadora de la dictadura militar acabar con las clases sociales y, en particular, con el imaginario que esas clases habían producido en Chile y transformar a la población en masa. La Concertación tratando de interpretar los tiempos, pero sin cambiarlos, lamentablemente, les llamó "la gente". En las historias de vida que realizamos cada año con los estudiantes⁸ se puede ver la pérdida o transformación de la "conciencia de clase" o sea, de la aproximación societal clasista, basada en el trabajo como eje de comprensión de los fenómenos de integración social. Los lazos de carácter comunitario clasista solo se pueden encontrar fragmentariamente en lugares como Lota, las ex minas del carbón, en algunos ámbitos de trabajadores de la industria textil, muy pocos en la actualidad y otros espacios muy marginales. El discurso clasista que había sido fundamental en la construcción de los procesos de integración social en el período que va en Chile desde los treinta al setenta y tres, se derrumbó casi absolutamente. Las causas son muchas y conocidas, obedecen a los cambios estructurales en el sistema de trabajo industrial, al discurso individualista y competitivo planteado por más de tres décadas y finalmente a la pérdida internacional de un imaginario en el que la cuestión colectiva sea el camino de resolución de los asuntos individuales.⁹

8 Anualmente realizo un curso de historias de vida en la Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, en el que los estudiantes tienen que realizar una biografía en profundidad de una persona. Cada año surgen numerosos estudios de caso de mucho interés. Algunos de estos estudios acompañados de otras investigaciones la hemos publicado en el libro ya citado *La Desigualdad*.

9 Este imaginario destruido se hace presente con toda la fuerza de la nostalgia en momentos cruciales, sobre todo, relacionados con el pasado. Los funerales de la Secretaria del Partido Comunista, Gladys Marín, pueden ser interpretados bajo esta clave. Las miles de personas que acudieron a despedir a la dirigente, lo hacían sintiendo que allí desaparecía un símbolo de lo que había sido el país perdido. Decían justamente todos, que valoraban en ella la consecuencia, esto

“La transformación de las clases en masas y la concomitante eliminación de cualquier solidaridad de grupo eran la condición sine qua non de toda dominación social”, dice Arendt, con la lucidez que la caracterizó.¹⁰ Y así ha sido en Chile. Ha habido un cambio fundamental y profundo construido por el autoritarismo.

Porque el sistema de integración clasista que había desarrollado Chile en el siglo veinte, había llegado muy lejos. Se habían demolido las viejas estructuras de dominación y los individuos se afirmaban crecientemente en sus derechos ciudadanos, emanados de su condición orgánica como parte de estructuras regulatorias de la sociedad democrática. Es lo que ocurrió en la década del sesenta y comienzos del setenta, un despertar de la conciencia social que rompió con la capacidad integradora del Estado, basado en sistemas imaginarios anterior e incapaz de dar cuenta de los cambios ocurridos.¹¹

La historia es compleja sin duda. Pero estas ideas pueden iluminarla. El año 64/65 la derecha chilena fue barrida electoralmente. Los viejos partidos liberal y conservador fueron aniquilados ante la ola modernizante expresada por la Democracia Cristiana. La consecuencia fue evidente: se aprobó la ley de la Reforma Agraria. Los patrones fueron odiados.

Se trató de la Gran Revolución, como nombró Kropotkine a la Revolución Francesa.¹² Y lo fue. Porque se trató de la revolución de los siervos que no había ocurrido nunca en la historia de Chile, y sin la cual no habríamos transitado nunca a la modernidad, ni menos a un proyecto de ciudadanía como se trata de analizar en este opúsculo y cuya posibilidad sigue en el debate social y político. En el curso de tres años se habían organizado miles de miles de sindicatos entre los siervos del campo. Un relato de vida recogido este año por una estudiante en la actual Viña Errázuriz Panquehue, de afamados viñedos, expresa con claridad lo que ocurrió en

es, no haber cedido a esta “gran transformación”, no haberle llamado a la clase obrera más que con su nombre, haber mantenido las banderas del Chile clasista, de la solidaridad y lucha de los pobres. No cabe la menor duda que esas imágenes están más que presentes en la cultura popular y son vistas o recordadas con nostalgia, como las de una sociedad donde no se habían diluido las relaciones sociales y no se habían licuado en medio de la “muchedumbre”, propia del consumo masivo, de la experiencia del trabajo postfordista, de la ausencia de sentidos colectivos. Hasta el Presidente de la República debió musitar el “Arriba los pobres del mundo” y “Agrupémonos todos en la lucha final y que se alcen los pueblos, con valor, por la Internacional”.

10 *Los orígenes del totalitarismo*, op.cit., pág. 36.

11 Aníbal Pinto dijo muchas veces que Chile era desarrollado en lo político y subdesarrollado en lo económico e institucional. Esa misteriosa comparación del economista historiador la he tratado de interpretar en el texto. El desarrollo político se debía a que el país se venía estructurando cada vez más como nación moderna, esto es, democracia parecida a las europeas en que las clases sociales expresaban a través de sus sistemas de representación sus intereses y en la negociación mutua iban estableciendo el sistema de integración, en el caso de los países desarrollados, el estado de bienestar. En cambio en Chile ese mismo juego político no tenía la capacidad de resolverse en integración, desarrollo, o por ejemplo Estado de Bienestar, sino que conducía a una contradicción, entre ambos sistemas. Esa contradicción finalmente reventó en la medida que no había espacios para reformas, como le ocurrió a la Democracia Cristiana, ni menos para una política de corte socialdemócrata en que el socialismo pudiera resolver la contradicción entre dominación y presión social.

12 Pedro Kropotkine. *La gran revolución* Escuela Moderna, Barcelona, 1938. Se trata del gran libro de historia del afamado anarquista ruso, la edición castellana fue realizada en plena revolución española.

todos los campos de Chile. La familia Bulnes había sido la propietaria de esos terrenos de Panquehue desde la colonia. “Nos sentimos explotados” dice hoy día un parcelero heredero de unas tierras entregadas por la Reforma Agraria. “No aguantamos tanta sumisión y nos transformamos en sindicato”. Han pasado más de treinta años y la conciencia sigue vigente. Se dice que quien abre los ojos una vez ya nunca más los vuelve a cerrar. Es lo que ocurrió en Chile.

La contrarrevolución restauradora trató de cerrar los ojos de los siervos, volverlos a la servidumbre, a la pobreza sumisa. Era imposible.

Ese es el origen del rencor. Cuando se preguntan los analistas el porqué en Chile existe una violencia larvada, inmanente, creo que allí reside un principio posible de explicación.

Porque la acción restauradora trató de volver al sistema de dominación anterior al sistema clasista por medio de la fuerza. Trató de re construir con un siglo de diferencia una relación patronal autoritaria como base de la integración social. Fue un intento de restaurar la dominación hacendal sin haciendas. No fue, sin embargo, un fracaso completo. Como lo estudió Norbert Lechner, el “pinochetismo sociológico”, esto es, quienes apoyaron en forma permanente al general presidente, corresponden en una proporción abrumadora a las capas más pobres de la población. Por cierto que la clase alta y media también lo apoyó pero el apoyo de masas estuvo dado por sectores de alta marginalidad, en particular mujeres de grupos pobres o empobrecidos, que vieron en el sistema autoritario un régimen de seguridad. El voto del pinochetismo en las poblaciones marginales de Santiago, en los campesinos pobres de regiones, en los mapuches también, es de toda evidencia¹³ y sigue siendo de mucha importancia una década y media después de culminada la dictadura.¹⁴

La restauración de la democracia se realizó con el imaginario que se volvería al sistema de integración social que había existido hasta el once de septiembre. La propaganda del plebiscito que llamaba a votar “no”, fue explícita en ese sentido y convocó a todos quienes veían en la democracia un proceso de participación orgánica. El llamado a la nostalgia de la famosa “franja del no” que se dio por televisión, fue decisivo. Sin embargo ya en ese momento surgió contradictoriamente, aunque sin comprenderlo cabalmente en ese instante, el concepto de “gente”. La campaña presidencial siguiente se realizó con aquello de “gana la gente”.

13 La Unión Demócrata Independiente ha sido la heredera de este «pinochetismo sociológico» teniendo hoy día mucha fuerza en los sectores populares pobres de Santiago y otras regiones. Las encuestas de comienzo del año 2005 muestran que el candidato de la derecha ha perdido intenciones de voto en las clases medias y clases altas pero no en las clases populares, donde existen estos grupos capturados por la ideología autoritaria.

14 El voto mapuche y de campesinos pobres, es un voto de no ciudadanía. Los intereses corporativos, económicos, sociales y culturales, pueden ser radicalmente diferentes a los de la derecha política y sobre todo de su vertiente neoliberal, pero al momento de votar operan otros factores. La historia política de Chile ha dado muchos ejemplos de ello. Venancio Coñeopán fue diputado por muchas décadas por el Partido Conservador Unido a quien lo separaba la mayor parte de sus posiciones y lo unía una relación paternalista y autoritaria. Los candidatos que participan en las regiones indígenas saben muy bien la distancia que hay entre las decisiones locales y las decisiones ciudadanas de largo plazo, las posiciones políticas e ideológicas, en fin, el concepto moderno de ciudadanía.

Se había instalado para no moverse el concepto de masa social sobre el de estructuras orgánicas de integración.¹⁵

Lo que queremos afirmar es que pareciera necesario trabajar en torno a un tercer sistema de integración, que no se base en los sistemas de carácter patronal/ masa y tampoco en los de Estado/clases. La necesidad de un tercer sistema excluido es lo único que podría reconstruir la erosión de los conceptos de Nación y Patria.

Terror e inseguridad

“Sucedió lo que es natural que suceda, aunque sea incomprendible para los hombres de Estado: el Terror había cesado de aterrorizar”

Kropotkine

El paso de la relación Nación /clase a un sistema Estado/masa fue realizado de manera autoritaria y brutal. Fue el terror. No hemos comprendido cabalmente aún el papel que jugaron las “violaciones a los derechos humanos” en Chile. En particular, el carácter espantoso del Informe Valech, impide hacer el análisis funcional. En todo caso sus consecuencias son muy profundas y se mantienen en la sociedad. La principal de ellas fue transformar una sociedad estructurada en clase, en una sociedad estructurada en torno al mercado, y por tanto los actores en no actores, en público, en consumidores, en gente. Annah Arendt señala,

“Una diferencia fundamental entre las dictaduras modernas y todas las tiranías del pasado es la de que en las primeras el terror ya no es empleado como medio de exterminar y atemorizar a los oponentes, sino como instrumento para dominar masas de personas que son perfectamente obedientes”¹⁶ (pág. 50)

Y eso fue lo que se logró: “personas que son perfectamente obedientes”, o que se supone que lo sean. Un modelo único de comportamiento. El que se aleja es un “desviado social”, persona peligrosa. Porque el terror logró construir al ciudadano consumidor, a la opinión pública, suerte de promedio estadístico de opiniones evaluables por medio de las estadísticas y fiel reflejo de lo que los medios de comunicación y las campañas publicitarias determinan. Alguien me dirá que eso ocurre en casi todos los países del mundo y es propio de la modernidad. Pero en Chile se transitó a esa modernidad (no a la modernidad en general) por medio del terror. Fue el instrumento de transformación de sujetos en gente.

Se habla mucho de inseguridad en Chile. Es el tema central en las campañas electorales. Las encuestas establecen que las personas sienten inseguridad frente a la economía, a los mercados, a sus trabajos y sobre todo frente al otro. Hay una imagen, construida, de la existencia de una gran inseguridad ciudadana. ¿Cuál es el origen de esta inseguridad que en forma evidente y bajo diversos aspectos recorre en la actualidad la sociedad chilena?

15 En ese contexto la situación de los sindicatos urbanos y rurales estaba liquidada de antemano. Los sindicatos se debilitaron absolutamente frente a la opción por «la gente». Lo mismo ocurrió con los incipientes movimientos de pobladores, estudiantes, campesinos, etc. que en ese momento estaban tratando de restaurar el sistema democrático anterior.

16 *Los orígenes del totalitarismo*, op.cit, pág. 50.

La transformación más importante que ocurrió en Chile en los años ochenta fue la destrucción de la estructuración clasista que poseía nuestra sociedad. Al disolverse las identidades personales en una difusa identidad, gente, público, opinión pública, masa, se ha producido una enorme inseguridad personal, las personas quedaron solitarias frente al mercado (y al Estado). No han existido identidades de reemplazo a las que otorgaba el mundo laboral (el carbón, los obreros textiles, los profesores, por ejemplo), el mundo rural y urbano, las estructuras laborales y sociales de la clase media, etc.

Se produjo un aislamiento curioso de las personas entre dos polos tensionantes, el mercado y el Estado. Todo otro sistema intermedio fue aniquilado. Pensemos en cosas simples pero fundamentales en la sociabilidad chilena del siglo veinte, por ejemplo, los clubes radicales o los múltiples y diversos espacios de sociabilidad que parecen en los relatos de los trabajadores industriales¹⁷. Si se hiciera un estudio sobre las formas de contraer matrimonios se llegaría a la conclusión que en el siglo veinte junto con los lazos familiares y de barrio, las asociaciones políticas e ideológicas eran fuente de muchas uniones familiares. Muchos jóvenes conocían a sus cónyuges en las actividades intermedias de la sociedad.

Hoy en día la importancia dada a la familia por la sociedad chilena, es producto de que se trata de la única institución que ha quedado en pie entre el mercado y el

17 Hay que reconocer que en algunas industrias, en el período llamado de industrialización sustitutiva, se procedió a reproducir viejas formas comunitarias de convivencia. La Compañía de Azúcar de Viña del Mar, por ejemplo, conocida como la CRAV tenía una «población» amurallada donde vivían los trabajadores. Había teatro, actividades sociales tales como bailes, cumpleaños y las fiestas nacionales. El recuerdo de los ex trabajadores es de una «gran familia». El trabajo era el espacio de sociabilidad, de creación de conciencia, de vida y también de muerte, ya que por lo general los sindicatos o asociaciones poseían un nicho fúnebre común en el cementerio. El año 1939 el Presidente del sindicato Sr Juan Sandoval señalaba: «el deber del trabajador refinero es contribuir a hacer más próspera la compañía y tener como principio de honor y de buena fe el respeto hacia nuestros jefes en la seguridad que armados de estos atributos, sabremos merecer de ellos las consideraciones a que nos creemos con derecho, como miembros de esta gran familia industrial». No es el único caso. La empresa de textiles Yarur no era demasiado diferente según se desprende de estudios realizados.” Lo que hizo que la huelga de 1962 fuera más sorprendente aún, fue la experiencia de los trabajadores de Yarur en las anteriores. Juan Yarur, el fundador de la fábrica, había hecho lo imposible por establecer un sistema paternalista de relaciones sociales, incluido un patrón que daba amistosas palmaditas en la espalda a sus trabajadores mientras visitaba la planta diariamente, les concedía favores y hacía regalos, siempre alentándolos a los trabajadores a creer que disfrutaban de relaciones personales con el dueño de la empresa” (Peter Gin, “El taylorismo y la gran huelga de Yarur de 1962”, *Revista Proposiciones* N° 19, pág., 202). Las poblaciones de las fábricas Hirmas y Sumar en Santiago muestran un alto nivel comunitario. Los trabajadores del cuero y el calzado tenían poblaciones en el barrio Recoleta y así muchos otros. El nivel comunitario de la actividad industrial chilena, que podría ser analizada como una réplica urbana de la antigua hacienda, comunidad de desiguales, ha comenzado a ser analizado en recientes estudios. Por cierto que se perdió absolutamente en el proceso de disolución del que estamos hablando. En el caso de Yarur comenzó con la introducción de sistemas tayloristas en la fábrica. Los empresarios al ver a los obreros/inquilinos alzados, dejaron de poseer la relación comunitaria con la empresa y establecieron un sistema de relaciones laborales impersonales y que provocan enorme inseguridad en los trabajadores. Las leyes laborales de comienzo de los años ochenta vinieron a ratificar esta destrucción de la idea de «comunidad industrial». Ver el estudio de Robinson Lira “Modelo de relaciones industriales y orientación sindical. El caso de la Refinería de azúcar de Viña del Mar, 1930–1973” en *Revista Proposiciones* Número 37 y el estudio de Peter Gin antes citado. El libro clásico sobre el comunitarismo obrero en Chile es de Alain Touraine y otros, Huachipato y Lota, en que el autor compara las dos industrias desde esta perspectiva acá analizada.

Estado.¹⁸ Los estudios sociales muestran que los chilenos se reúnen socialmente casi exclusivamente con sus familiares y que allí en sus relaciones directas establecen las redes de seguridad mínimas que les permiten sobrevivir. La debilidad de la amistad relacionada con clubes sociales, gremios, sindicatos, partidos políticos, asociaciones de ciudadanos de estudiantes, etc., es evidente. No son fuente de solidaridad ni de constitución de redes sociales. Incluso el trabajo, lugar preferido y predilecto de sociabilidad en todas las sociedades y en el pasado elemento constitutivo de la “conciencia e identidad social” ha dejado de tener la centralidad que antes tenía.¹⁹ El trabajo es por cierto muy importante como medio de obtener ingresos para realizarse en el consumo. Se ha perdido el aspecto relacionado con el oficio, con la dignidad en la actividad laboral misma, y se valora el resultado monetario final que permitirá la realización personal en el mercado. Se ha producido por tanto un desplazamiento desde ser un fin en sí mismo (el concepto de “profesión” salvífica del luteranismo) a ser un medio.

El terror “disolvió” estas estructuras intermedias y no hubo alternativa posterior para su reconstitución. Los llamados movimientos sociales sucumbieron curiosamente en el comienzo de la democracia. Se habían mantenido algunas cúpulas unidas por la presión política antidictatorial pero al superarse la presencia directa del dictador, se disolvieron las organizaciones existentes. Fue lo que ocurrió con los sindicatos y organizaciones laborales, con la de los estudiantes que incluso durante varios años, por primera vez en el siglo veinte, no tuvieron directiva de la Federación de Estudiantes de Chile. Los pobladores dejaron de tener centralidad y la cuestión de la vivienda se transformó en un asunto individual y en el mejor de los casos comunitario, es decir, de un grupo de pobladores de un campamento determinado. El movimiento campesino se debilitó llegando a su inexistencia. Salvo en los últimos años en que surgen las mujeres que trabajan en la fruta. Los únicos que se movilizan con fuerza, los mapuches, lo hacen de una manera diferente ya que expresan las nuevas formas de integración en la diversidad, no necesariamente relacionadas con la unidad del Estado y la homogeneidad de la nación.

Me atrevo a decir que desde el inconsciente colectivo, se ha producido un hiato en el cual se ubica el origen del rencor, del nuevo tipo de rencor y violencia que cruza la sociedad chilena. Porque el rencor o violencia que existía en la sociedad indus-

18 El estudio del PNU del 2001 es concluyente en este aspecto. Ante la pregunta acerca de cuál es la estructura de relaciones que define más a la persona entrevistada un 53.9% responde que la familia, a lo que se agrega un 15.4% que responde que son los hijos. En cambio el trabajo o la profesión como entidad definitoria alcanza solamente a un 4.6% y sus «ideas políticas» a un 0.4%. (Estadísticas univariadas, sobre habitantes de las 13 regiones de Chile, de 18 años o más. 3600 entrevistas. 30 de marzo al 14 de junio de 2001). Al consultarse en la pregunta 77 acerca de los cambios positivos o negativos ocurridos en la sociedad chilena en los últimos años un 46.8% considera que la vida familiar ha experimentado un cambio positivo, frente a un 61.5% que señala que ha habido un cambio negativo en la relación de los chilenos con la política.

19 La centralidad de la familia como estructura social de referencia, y no solamente como estructura de reproducción de la sociedad, ha conducido a que los sectores conservadores asuman una posición absolutamente neurótica frente a una supuesta destrucción. En el esquema conceptual que estamos utilizando se podría pensar que temen a que un cambio en la familia permita la resurrección de lazos sociales diferentes y de renovada sociabilidad funcional. La condición del sistema de dominación que aquí llamamos de «crecimiento con desigualdad» requiere de masas afuncionales, no estructuradas en sistemas de intereses y por lo tanto la adscripción familiar como única y principal red de protección e identidad, aparece como condición de dominación. Es por ello que la crítica a la familia como entidad total, es parte de la crítica al conjunto del sistema de dominación actual.

trial era de carácter ideológico y traspasado por las más sofisticadas doctrinas que señalaban la existencia de una minuciosa distinción entre “estrategia y táctica”. La violencia social de los años sesenta fue organizada, incluso aquella que se dirigió a la guerrilla armada. Era “la política por otros medios” como habría dicho algún general alemán para definir la guerra. No se trataba de excesos individuales que siempre estuvieron criticados, prohibidos y reprimidos por las organizaciones obreras y populares.

En Chile actual la violencia ha adquirido un carácter diferente, esto es, de “masas individuales”. O son las turbas las que atacan o son individuos que con violencia precisa y generalmente malsana actúan por razones las más de las veces personales. Es el concepto de “muchedumbre” que viene siendo acuñado en los últimos tiempos por la filosofía y sociología.

Porque cuando decimos que en nuestras investigaciones no encontramos un discurso de “conciencia de clase” en los sectores populares, es muy distinto a que no exista una idea clara de la existencia de las clases sociales. Los pobres saben muy bien quienes son los ricos, pero no existe la conciencia colectiva capaz de comprender el fenómeno y encontrarle caminos de acción. La conciencia de clase llevada a su nivel individual, se transforma en rencor, resentimiento, rabia y violencia individual. Y ello lo vemos en las canciones de los jóvenes, en sus comportamientos, en la vida cotidiana.

Paradójicamente, además, se produjo una ruptura de los sistemas de integración tanto de los que ejecutaron las políticas como de quienes eran los destinatarios.

“Nadie ni siquiera el ejecutor puede estar libre del temor”, dice Arendt, Y eso es lo que vemos en el país. Es uno de los grandes resultados del terror, se volcó a las casas enrejadas, a las alarmas, a los policías privados, a la supresión casi absoluta de los espacios públicos. Espacios deportivos, el fútbol, se han transformado en espacios de violencia, de expresión de una ira sin cauce.

Incluso el miedo se expresa en el lenguaje. En los debates grupales que hemos realizado en el país, las personas no se atreven a hablar con su nombre, del golpe de estado de 1973. Se utilizan frases alambicadas, “lo que nos ocurrió”, “lo que todos sabemos”, etc. La misma memoria es temerosa, quedó acobardada, pensando quizá con razón que recordar es revivir. Esta ausencia de memoria, o temor a expresarla, es una de las características de las masas, de la despersonalización del clasismo, que tiene en la memoria una de sus características centrales.

La transformación de las clases sociales en masas, aparece aquí como una condición para la constitución de una sociedad postindustrial como la que ha surgido en el país después del autoritarismo. En este sistema resultante la política se transformó en un sistema de mercado como se ha dicho tantas veces y no en un sistema de procesamiento de intereses y mucho menos de adscripciones. Por ello los sujetos quedan en el mercado sin ser capaces de canalizar a través de sistemas intermedios sus causas y preocupaciones. Se produce una denegación de canales de participación y la ciudadanía se convierte en un asunto menor, una ciudadanía de baja intensidad.

La tesis sería que no hay comunidad sin seguridad. Por lo que es preciso hablar de qué seguridad queremos tener los chilenos.

No hay comunidad sin seguridad entre las personas que la componen. La esencia de una comunidad es la confianza. ¿Puede resolverse la seguridad en una sociedad escindida como la chilena?

“Hobbes señala que en la lucha por el poder, así como en sus capacidades originarias para el poder, todos los hombres son iguales; porque la igualdad de los hombres está basada en el hecho de que cada uno tiene por naturaleza poder suficiente para matar a otro. La debilidad puede ser compensada con el engaño. Su igualdad como homicidas potenciales coloca a todos los hombres en la misma inseguridad, de lo cual surge la necesidad del Estado. La “raison d’ être” del Estado es la necesidad de obtener alguna seguridad para el individuo, que se siente amenazado por todos sus semejantes”, dice Hannah Arendt en su estudio sobre Hobbes²⁰.

La comunidad está basada en la delegación del poder y no en la de derechos. Adquiere un monopolio del homicidio y proporciona a cambio una garantía condicional contra el ser víctima de un homicidio. La seguridad es aportada por la ley que es una emanación directa del monopolio del poder por el Estado (y no es establecida por el hombre según normas humanas acerca de lo que es justo o injusto). Es por ello que la experiencia colectiva del terror de Estado (y la impunidad relativa consiguiente), se encuentra en el origen de la violencia y de la inseguridad. Hemos llegado a una relación compleja entre el Informe Valech y las cuestiones de “seguridad ciudadana” así denominadas, de la mano de Hannah Arendt.

El individuo contemporáneo se enfrenta solitario al mercado, como masas consumidoras, lo que le provoca una permanente sensación de inseguridad. Si a eso agregamos el haber “despertado” a una conciencia de derechos, por cierto fragmentaria en la actualidad, se produce una situación de disolución de ataduras morales que le permiten emplear su potencial homicida. La pobreza no ha estado nunca en el origen de la violencia, ha sido la desigualdad y la conciencia de ella como un sentimiento de injusticia, de falta de legitimidad.²¹

No se ha logrado, lamentablemente aún, reestablecer una nueva forma de legitimidad²² democrática. Ésta, creemos, que solamente se lograría en un proceso en que las masas populares, por una parte percibieran que la política democrática provoca

20 *Los orígenes del totalitarismo*, op.cit., pág. 199.

21 Chile es un país con una pésima distribución de los ingresos. Esto que muchos negaban u menospreciaban y que otros venimos diciendo y escribiendo desde hace mucho tiempo, de modo notable se ha puesto en la mesa de discusiones para las elecciones presidenciales del 2005.

22 Hay algunos intelectuales chilenos que señalan que la única legitimidad que existe en Chile y que permite la existencia del «orden social» actual es mantener altas tasas de crecimiento, que por medio de la distribución espontánea, permitiría que los individuos continúen conformándose con su calidad de consumidores. Para ellos no habría alternativa de otro sistema de integración. Ante un sistema en el que el mercado es el único sistema de integración, el requisito o *conditio sine qua non*, es un crecimiento económico superior o equivalente al 7% anual, que posibilita un contexto ambiental de prosperidad generalizada. Un quiebre en la tasa de crecimiento conllevaría a diversas expresiones de crisis social. Si bien es cierto que un alto crecimiento económico provoca un imaginario de prosperidad generalizada, no es menos cierto que no resuelve la cuestión de fondo que aquí estamos tratando de apuntar. Podrían tener razón quienes así piensan, desde un pesimismo radical, que en la medida que no es posible replantearse los procesos de integración, solo es posible adormecer a las masas con un crecimiento económico de tal suerte, que garantice un sistema de “integración de mercado”, en el que el consumir se transforme en el objeto productor del sentido.

beneficios tales que posibilita la integración creciente de la sociedad, que conduce a la potencial movilidad social de sus hijos por ejemplo (cuestión que en el imaginario y en algún grado y medida en la práctica se logró en parte del siglo veinte) y en la que se reconstruyen lazos intermedios, identidades les llamaremos, que permiten dotar de sentido a la acción colectiva.

Concluamos diciendo que quedan tareas para la democracia. Desmontar el rencor no es tarea fácil. Decir la verdad es un comienzo y eso se ha hecho el año 2004. Pero las consecuencias económicas y sociales, sus derivados en la seguridad ciudadana, la perspectiva ingrata de un estado policial, en fin, los elementos relacionados con la integración de la sociedad, aún están en pañales. Como dice el epígrafe, al igual que en otras sociedades que lo han vivido, no sabemos por cuánto tiempo y qué consecuencias tendrá el terror que un día vivimos.